

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—J. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eladio Homs.—J. Martí y Sábata.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Massó.—Ernesto Homs.—María C. Torner.—Eugenio d'Ors.—J. Torres García.—D. Martínez Ferrando.—Bernabé Martí y Bofarull.—J. Bosacoma y Pou.—Luis Jover Nunell.—J. Bassols.—E. Creuher.—L. Figueras Dotti.

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año VI

Barcelona 29 de Junio de 1912

Núm. 247

SUMARIO

Habla Maragall, (Redacción).
Eugenio d'Ors.-Prólogo al 2.º tomo del «Glosari», por JUAN MARAGALL, (traducción).

Don Juan Maragall, por J. M. LÓPEZ PICÓ. (1)

Necrologías de Maragall

Maragall.—Discurso en el Ateneo de Madrid, por LUIS DE ZULUETA.*

Maragall Poeta, Discurso en el Ateneo de Madrid, por ENRIQUE DIEZ CANEDO.*

Canto terrenal, por PEDRO COROMINAS.*

Muerte de Juan Maragall, por MARCEL ROBIN.*

Política: La Mancomunidad

El régimen local y las mancomunidades, por J. GARRIGA Y MASSÓ.

Ciencia catalana

La retrospectiva en la exposición lunar, por SALVADOR RAURICH, (con dos grabados).

Noche helénica, por R.

Crónica internacional

Política norteamericana.—El problema del sufragio en Europa, por KARL.

La Semana

NOTA DE ACTUALIDAD.—*El proyecto de Mancomunidades*, por K.

UN NUEVO LIBRO DE LOPEZ PICÓ: *Amor, Senyor*.

Poesías de José M. Lopez Picó

Perqué tremoles, amor, y demanes...

Amo del goig, oh sobirana cosa...

Si cantes dona...

El gandi fugitiu...

(1) Volvemos á publicar este artículo, por haber aparecido en el número anterior á consecuencia de un accidente en la compaginación con tal alteración en el orden de los párrafos, que hacía imposible su inteligencia.

AVISO

Habiéndose agotado en esta Administración el número 172 (21 Enero 1911) y necesiándose algunos ejemplares para completar varias colecciones del año pasado, participamos á aquellos de nuestros lectores que conservasen algún ejemplar suelto de dicho número, que por cada uno de ellos presentado en esta Administración, antes del 10 de Julio, concederemos un trimestre gratuito de suscripción á nuestra revista.

Habla Maragall

Estamos en uno de los trances en que sacudida la conciencia de Cataluña por algún factor extraño ó propio, el maestro solía aparecer con su palabra serenadora y apaciguante. El que salía á dar ánimo y estímulo á Cambó cuando la envidia y la calumnia se cebaban en su persona, el que rendía homenaje á Prat de la Riba en una tempestad de injurias plebeyas, el que pacificaba una contienda personal entre dos escritores catalanes nacida alrededor de los graves intereses morales de nuestra Lengua, no hubiera dejado de intervenir á favor de uno de nuestros primeros escritores, que une á una personalidad de primera fila el prestigio de ser cabeza y verbo de una corriente de juventud catalana, en favor de Eugenio d'Ors, víctima también del desenfreno de los espíritus que no quieren conformarse á la convivencia y al respeto y acatamiento de los espíritus superiores, condiciones que forman la base de toda estabilidad cultural en el mundo civilizado. Maragall, que retrató tan magistralmente este vicio atávico que nos corroe y cuyas consecuencias sufre uno de nuestras primeras figuras literarias, en su famosa estrofa de la «Fi den Serrallonga»,

— També he tingut enveja i mala baba
per corrompre la gloria dels demés:
allí hont jo he conegut que no arribava,
no he volgut que cap altre hi arribés.
D'aquell que'm feia ombra o be respecte,
m'he gaudit fent-ne córrer males veus,
i, tot fingint-li acatament i afecte,
li anava segant l'herba sota'ls peus.
De lo que no he entés, n'he dit mentida,
dels fets mes grans que'ls meus n'he dit rampells,
he volgut sols un pes, sols una mida:
la meva: els que'n passaven, pobres d'ells!
Rebaixar, rebaixar, fins que's confonga
tothom en un mesquí i humil estol...»

no resistiría el espectáculo de un paladín de las letras y de la ciencia catalana arrollado por una turbia avalancha de pasiones y envidias. Maragall intervendría... y Maragall interviene.

El dejó escrito, para la publicación del segundo tomo del Glosario de Xenius un prólogo admirable, inédito aun, por estar todavía en impresión el libro. Y este prólogo es el que publicamos en este número. Una gran distancia separa la estética y la filosofía de Maragall y de Eugenio d'Ors; y sin embargo, con qué respeto, con qué afectuosidad el maestro comprende, habla y se inclina hacia el Glosador.

Debidamente autorizados, nos cabe la satisfacción de dar íntegra en estas páginas la traducción castellana de las augustas palabras de Maragall que el público catalán no conoce todavía. Es una intervención más, una intervención póstuma del maestro, y deseamos que, en el desbordamiento de males instintos que ha seguido á la muerte del autor del Elogio de la Palabra, cuando el cinismo osa introducir descaradamente la moral del «Me da la gana», en nuestras relaciones intelectuales, la palabra de Maragall sea escuchada y acatada con el respeto y el amor de siempre, tanto más cuando parece haber previsto con rara exactitud el momento actual y sus palabras parecen escritas ahora mismo, ó inspiradas por su espíritu «que vela junto á nosotros».

Maragall va á hablar. Cabeza descubierta, y silencio.

Eugenio d'Ors, por Juan Maragall

Prólogo al 2.º tomo del "Glosari"

Los hombres se dividen en dos grandes semblanzas espirituales, según en ellos predomine el corazón ó el entendimiento: éstos son los ideólogos, aquéllos los sentimentales.

Esto es como una hermandad, en que unos hijos se parecen más al padre, y otros más á la madre; aquí los ideólogos se parecen más al Padre creador, que lleva su idea; y los sentimentales se parecen á la Madre Tierra, por cuyo camino la idea se realiza.

Al azar — ó no al azar — de las generaciones y los territorios, se hacen sentir más ó menos los hombres de una ú otra semblanza; y por virtud de esta alternación, entre verdades y errores, entre pasiones y dudas, oscilando el péndulo hacia un lado y hacia otro, la aguja avanza, las horas doblan y el espíritu humano conoce la marcha de su día, en medio de la eternidad inmóvil.

Mas este simbolo del reloj es demasiado sencillo y mesurado, ante la complejidad aparente del movimiento humano; la vida es demasiado rica y misteriosa para poder ser definitivamente moldeada en un simil cualquiera de regularidad; y, dentro de la trayectoria dominante de un movimiento vivo, caben todavía muchas oscilaciones que parecen alterarla cuando más la afirman.

Así en el actual renacimiento catalán, esencialmente sentimental por mucho tiempo, han cabido alternancias de sentimentalidad y de ideología, y, hoy por hoy nos encontramos en un incremento de ésta, que á muchos les repugna como si fuera una contradictoria de la línea de nuestro movimiento, en la sencillez en que nos place considerarla, pero que es un hecho de que da vivo testimonio la adhesión de toda una juventud; así es que, aun combatiéndolo, debemos respetarlo, y en ningún modo podemos preterirlo.

Eugenio d'Ors es el representativo de este movimiento: su espíritu es de los que se parecen marcadamente al Padre; es un ideólogo. El también quiere el mundo á su imagen y semejanza; y esta voluntad es la clave de todo su humanismo, y de su imperialismo, y de su estética arbitraria, del scientismo y dandismo y civilidad, de todos estos nombres, de toda esta mitología verbal que ha puesto en uso, y con la que marca una oposición del intelecto al sentimiento, del hombre á la naturaleza, para dominarla, para hacerla humana, ideal.

Esta posición de espíritu es la que le ha valido entre nosotros todo el éxito y toda la enemiga que tiene á su alrededor y ante sí. Pues él, rico en disposiciones agresivas, se ha lanzado atrevidamente á combatir contra muchas cosas admitidas y consagradas como definitivas en su país y en su tiempo; y ha opuesto una generación á otra generación, un sentido de vida á otro sentido, y un catalanismo á otro. Y puesto que cada juventud llega á la vida social con un análogo natural y, hasta cierto punto, necesario espíritu de protesta, Ors,

por su singular valer dentro de este espíritu, ha sido aclamado caudillo de su generación; pero, puesto que la generación anterior permanece todavía en la brecha, y su ideal está lejos de agotarse, y además, el proceso del renacimiento catalán especialmente lo necesita, hé aquí la contra-protesta que se ha levantado lanzando sus anatemas contra el definidor de la doctrina agresora.

Debe decirse la verdad: la hostilidad contra Xenius se ha exacerbado á menudo hasta las fronteras de la injusticia. En parte, de ello puede ser causa que Ors sea un espíritu aristócrata, en tanto que nuestra sociedad, ya de sí, y mayormente por el momento de su formación, es democrática. En estas condiciones parece, pues, que debería tener una pequeña tribuna aristocrática y dirigirse á una escogida minoría de aquellas que preparan lentamente el porvenir. En vez de ello, Xenius, en un gesto de valentía en que se mezclan extrañamente el orgullo y la caridad, el heroísmo y la impertinencia, el aislamiento mental y el proselitismo civil, ha tomado la tribuna de un diario popular, para hablar diariamente á la muchedumbre de las Ramblas. Y la muchedumbre de las Ramblas no siempre le ha comprendido. De aquí una irritación, porque nada nos irrita tanto como no comprender á quienes quieren aleccionarnos. Y de ahí una contradicción, tanto más turbulenta cuanto menos razonada.

Tal vez si hablara desde una exquisita Revista á un público selecto semejante oposición no se hubiese despertado. Pero entonces faltaría asimismo á esta predicación gran parte de su valor de «actitud». Y también gran parte de su utilidad, que nos viene del ejemplo de un espíritu que sabe recogerse á pensar sobre el profundo sentido y el valor de eternidad de las noticias del día y de las pasiones políticas, no de lejos, tarde, y friamente, sino en el pleno calor, y en la plena ebullición de unos y otros.. Esto no quiere significar, sin embargo, que este gesto agote su valor en la hoja diaria. Yo creo, por el contrario, que ha de tener en el libro su adecuado complemento. Complemento que ha de dar una mayor eficacia á la «acción» de la palabra de Xenius. Muchos que ahora no le comprenden, entre el artículo político y los telegramas, en el libro le comprenderán... Por mi parte, con lo mucho que ya estimaba al glosador de «La Veu», la aparición del primer volumen del Glosario fué una sorpresa para mí; y hasta haberlo recorrido con los ojos no comprendí bien toda la riqueza y la admirable proporción del espíritu y de la obra de este hombre.

Ahora bien, en lo que toca al contingente de esta obra y á la posición de este espíritu ¿qué puedo decir?... Es verdad que en ella encuentro contradichos muchos artículos de mi fe. Pero esto, ¿qué importa? Unos vamos por el sentimiento á la idea, otros van por la idea al sentimiento; si en el camino nos encontramos ¿hemos de reñir? ¿No véis

que andamos y venimos haciendo camino por lo mismo? ¿No habéis echado de ver que el intelectualismo de Xenius es un intelectualismo que pudiérais llamar sentimental en el fondo? ¿que en su razón á menudo palpita una emoción, y que aun su dandismo se conmueve alguna vez? ¿Y por ventura nuestro sentimentalismo no es intelectual en más de una ocasión, y nuestra emoción no se vuelve á cada punto conceptuosa, y nuestro enternecimiento no adquiere en sus mejores momentos una cierta elegancia? Vistas las cosas en eternidad, ¿no halláis aquí las dos escuelas de siempre, lós que llevan el balance del mundo? Aristóteles y Platón, Kant y Hegel, idealismo subjetivo é idealismo objetivo. Mas ¿para qué tantas palabras? Al fin de todas nuestras disputas, la sola cosa que de ellas queda es aquel momento de luz que ha sido dado á cada cual para decir una palabra llena: el camino por donde ha venido es lo de menos; lo mismo brilla.

Pues en tal sentido yo quisiera ahora que fuese leído este Glosario, como todos los Glosarios... Entonces á nadie le pesaría admirar la prodigiosa actividad del espíritu de Xenius; su curiosidad, en perpetua frescura; este apetito ideal insaciable, que es el más vivo dón que pueda alcanzar el espíritu de hombre alguno; este afán de proselitismo que le vuelve vastamente fecundo; esta voluntad de elegancia, por sí sola ennoblecedora.

Y en cuanto al tono circunstancial de la voz que hablará desde este libro, á la serena soledad de vuestro espíritu; en cuanto á su armonía en el concierto de vuestro renacimiento, pensad que este tono viene precisamente del lugar y del momento en que os habla, aunque sea por reacción, por ventura necesaria. Pensad que el espíritu mundial de Xenius en ningún lugar ni tiempo del mundo podría hablar como ahora habla en Cataluña. Ved cuán nuestro es...

JUAN MARAGALL

1909.

Don Juan Maragall

Fué un varón justo. Por esto su vida nos ofrece la más alta ejemplaridad social y su obra el más claro conjunto de pureza integral.

No hubo contradicción en Don Juan Maragall. El hombre y el artista se penetraron de tal manera, que su vida se resumió en perfecto equilibrio y su arte se nutrió de las más ricas fuentes de humanidad.

El poder de atracción que ejerció siempre, era debido á la armonía que emanaba su personalidad.

¡Cuántas batallas reñidas contra el instinto, cuantas victorias anónimas contra el propio temperamento rebelde y agresivo!

Pero también, ¡cuánta gloria al fin! La pureza vive de la coerción, crece en la lucha y triunfa en el sacrificio.

Así vivió D. Juan Maragall entre nosotros, y así perdurará su recuerdo.

No vaya á creerse, á pesar de cuanto se ha dicho en el capítulo de los elogios obligados, que fuese un instintivo de la bondad. El secreto de aquella simpatía, que á todos supo seducirnos, radicaba en el valor consciente y coercitivo de un largo proceso de auto-educación que se había impuesto Maragall. La sencillez de su vida y de su obra, vastamente abiertas á toda comprensión, fué hija de una disciplina, gracias á la cual, la espontaneidad del artista proclama el imperio del hombre sobre la naturaleza, justificando el que contemos á Maragall entre los clásicos, aunque á primera vista pudiera parecer una paradoja y aunque estemos convencidos de su filiación romántica...

Clásico es por su elevación y aristocracia de espíritu y por aquella serena y mesurada relación entre su verbo mental y su palabra escrita, que tan acertadamente ha estudiado el P. Miguel de Esplugas; clásico por la palpitación de eternidad que guardan todas sus producciones, ya que no por la pulcritud formal en que encarnó la belleza.

*
**

Clásico, sobre todo, más allá de la literatura, por el sentido de responsabilidad que se desprende de toda su actuación como Poeta.

Así pudo en vida clamar constantemente contra los que intentan dejar la plaza pública y fustigar la demasia con que se complace nuestra gente en rebajar la altura á que no llega, burlándose de todo lo que no comprende.

La convicción de la propia responsabilidad explica el triple valor de representación, de actitud y de eficacia que nos ofrece D. Juan Maragall.

*
**

Hasta Maragall, los valores literarios se cotizaban en Cataluña, por afición.

Maragall es el primero en reivindicar la vocación literaria y por lo tanto la *profesionalidad* del Poeta entre nosotros.

Antes, todo el primer período del renacimiento literario catalán, se nutrió de curiosidad arqueológica,—(recuerdo de un pasado lejano sin tradición que guardara su fuerza, é infantil protesta incoherente contra la fatalidad histórica, que secó todas las raíces de aquella tradición apenas iniciada).—

La retórica triunfó en todas las manifestaciones literarias. El mismo Verdaguer, formidable desamortizador del caudal inédito del lenguaje popular, representa sólo una anticipación del advenimiento de Maragall.

Verdaguer y Maragall se completan. *Mosén Cinto*, es el precursor; Maragall, el Mesías. Verdaguer anuncia la palabra nueva. Maragall realiza el milagro, por la eficacia de la *verdad* que contiene su palabra.

Son de ayer esos hechos, y ¡cuántos avances no ha realizado ya la poesía catalana!

Á medida que el tiempo pasa y más desapasionadamente penetramos en el sentido intencional de nuestra evolución literaria, con mayor seguridad percibimos la redención que nos ha venido de Maragall.

¡Cuán fría nos parece ahora la inspi-

ración anterior!, y ¡cuán artificiales suenan á nuestros oídos los balbuceos de aquellos poetas de la edad de oro de los Juegos Florales!

El propio Verdaguer, apartado de la corriente popular, ¡cómo decae y deviene hinchado, pesado y vacío!

Faltaba al catalán la dignificación del genio que lo elevara á categoría literaria, depurándolo de todo contacto impuro y haciéndolo apto para la expresión *espiritual*.

Maragall, *elegido, llamado*, al obedecer su *vocación*, se apodera de todos los elementos espirituales y legendarios de nuestra nacionalidad, no de una manera friamente retrospectiva sino integralmente, como ejecutor de una altísima misión palpitante de actualidad y al mismo tiempo tan arraigada, que permite la incorporación de la emoción pura al idioma (1).

Ya la dignidad del catalán queda afirmada; y su aptitud y capacidad de competencia con las lenguas literarias vivas.

Ya de una vez por todas, la anécdota cede al sentido mitológico, revistiendo de autoridad una profesión tenida hasta entonces como pasatiempo ó como uno de tantos deberes patrióticos...

En el fondo de las teorizaciones literarias de Maragall fulgura el orgullo de la dignidad profesional. Y si llega, (contradiendo al parecer lo que llevo dicho), á negar la reflexiva intervención artística personal en el momento de la creación verbal, es porque reacciona contra el vicio deformador que envilece nuestra excelencia individual; porque logra así librarse de la propensión del espíritu catalán á la parodia, vicio que (según el mismo escribiera con encantadora templanza) *le afea mucho*.

Libre ya, véase el sabor antiguo elevadísimo, así como de cosa perdurable, que guardan sus más íntimas inspiraciones.

Nunca la intimidad nos es ofrecida en sus poesías como una confesión ó como una confidencia. La eternidad, protege de toda indiscreción al poeta.

Dice á la escogida:

De joies vull cobrir ta cabellera,
el teu coll y el teu pit, braços y mans,
en memoria de totes les carícies
que vagi fent-te y t' hagi fet abans.

Com a pluja els joiells demunt tos membres,
també com pluja 'ls besos meus d' amor:
dessota cada bes vull que s' encengui
com un astre una nova resplendor.

Un joiell cada bes, que resplandeixi,
nit serena, lo noble del teu cos;
pro després el gran jora, després el día:
l' esposa sens joiells, tota al espós.

Y dice á la esposa:

La flor de l' abraçada ja ha granat
y ets com el cep que dú la dolça carga:
tota tú t' has extés y reposat
com ple de pampols el sarment s' allarga.

(1) Recuérdese la *legenda del Compte l' Arnau* y el argumento de Eduardo Marquina en su discusión con Unamuno á propósito de *Quijotismo y Arnaldismo*. Recuérdese también *La fi de'n Serrallonga* y aquel verso aureo de la poesía *En la mort d'un jove*:

Ai, la Mort, y que n' ets d' embellidora!

Y sabe decirnos sin impresionarnos, casi con objetiva precisión su recuerdo *novial*:

Anarem per la nit. Fou agonia
d' una vida, i d' una altre fou naixensa.
Després se 'ns va aclarir vermell el día
per les severes planes de Provença.

La misma incorrección técnica de Maragall podría justificarse, ya que no defenderse, por el deseo que sentía cada vez más ferviente de vencer las sugerencias de una musicalidad enfermiza y la tentación del vago misticismo pantheista á lo Novalis que tan fuertemente le influyó.

Cuando el recuerdo del *Corpus*, por ejemplo, parece esfumarse en divagaciones, ama romper la sensualidad interna de la expresión con una imagen *viviente* que jamás puede olvidarse:

Les Misses de tot l' any—se 'n van totes ple-
gades.

De esta manera alcanzó su inspiración la clarísima madurez y el perfecto equilibrio del ideal de Goethe:

Y te la gracia al cos tan abundanta,
que en ella naix y mor tot lo que fa;
ella es el cant, si canta;
ella es la dança, si li plau dançar.

(Haide)

Y resumió el prestigio de la herencia ancestral á cuya participación no todos han sido llamados.

Véanse algunos fragmentos de la adaptación escénica del episodio homérico de *Nausicaa* y la última parte del *Compte Arnau* (1).

*
**

Cuanto más se define el valor representativo de la profesionalidad de Maragall, tanto más se precisa su actitud.

Todo el esfuerzo para devenir *uno mismo* según la fórmula de Nietzsche, es para Maragall, fuente de la más prodigiosa multiplicidad social.

De su ausencia, podemos decir lo que él dijera á la muerte del Dr. Robert:

«Lo que hemos sentido en el momento de su desaparición terrena, ha sido un vacío en nuestros afectos.»

La cordialidad de Maragall derivaba del ejercicio constante de la caridad cristiana en su más extensa flexibilidad, punto de partida y centro de toda cortesía.

La falta de copartícipes que asustaba al citado Nietzsche más que el peso de la inmortalidad, fué siempre para Maragall un problema resuelto. La reciprocidad abría su inteligencia á toda comprensión y su corazón á todo amor.

También era nueva esta actitud en nuestras costumbres literarias. Tan nueva que los predecesores ó contemporáneos literarios de Maragall no la han llegado á comprender.

(1) En los últimos años de la vida de Maragall, se advierte en toda su obra una fuerte tendencia á la abstracción. El magno *Cant Espiritual* y en general todas sus últimas producciones están orientadas hacia la filosofía ó mejor hacia una pura ideología mental...

Esto explica que fuese nuestra juventud la que, dejando aparte todas las diferencias de estética, buscase constantemente en Maragall ejemplo de tolerancia y respeto.

Esto explica el intervencionismo de Maragall para crear un estado de conciencia de la dignidad colectiva.

Hay en nuestro individualismo un fondo de grosería y de tristeza envidiosa y rastrera que Maragall quiso redimir. Los elogios, (*Elogi de la paraula, Elogi de la poesia, Elogi de la dança*), los himnos y cantos (*Himne de la senyera, Himne iberic, Himne de l'arbre fruiter, Cant dels joves, etc.*); su adhesión entusiasta á la campaña de la *Lliga del Bon Mot* y buena parte de su labor periodística, (recuerdo ahora el artículo *Por el alma catalana* que debiéramos adoptar como fundamento de nuestra ética), son concreciones del ideal de solidaridad que ansiaba para su tierra.

Actitud de alegría exultante y generosa que nutre el Catalanismo de Don Juan Maragall y le hace cantar:

mes, devots de una santa armonía,
tots van els compassos y els passos comptant.

La sardana es la dança mes bella
de totes les dances que's fan i es desfán

es la dança sencera d'un poble
que estima y avença donant-se les mans.

(*Visions y Cants
La Sardana*)

Por esto inspiraba confianza y nunca llegaron á él las estridencias é intemperancias y supo siempre poner paz entre nosotros.

No ya únicamente en las grandes luchas políticas de nuestro pueblo, (que son las más apasionadas), sino especial y constantemente en las pequeñas intrigas de rivalidad muy por encima de las cuales le colocó siempre su humilde nobleza.

En cuanto una polémica parecía convertirse en agresión personal, Maragall no sabía abstenerse, se creía obligado á intervenir.

Recuerdo ahora una discusión entre Gabriel Alomar y Ramón Rucabado á la cual Maragall puso término *airosa y cortesmente*.

Y á este recuerdo se asocia otro más reciente y doloroso porque el *gobierno* de Maragall no se ejerce ya entre nosotros. Me refiero al caso de insensibilidad profesional colectiva más lamentable de que podamos acusarnos. Si Maragall viviese, no autorizaría su honradez literaria las injusticias de unos y las cobardías de muchos, y se avergonzaría hoy de una falta de compañerismo (siquiera fuese defensivo) que permite el insulto anónimo y el insulto autorizado por... por firmas que debieran ser respetables y estampado en publicaciones que si no tienen expresión literaria deberían poseer la urbanidad primordial de todo derecho de gentes.

Maragall fué siempre sincero y noble en su actitud. Yo me atrevo á recomendar la lectura del prólogo que escribiera

para el segundo volumen del *Glosari de Xenius*, (y que por no haberse publicado este todavía, seguramente aparecerá en la edición de *Obres complertes*), para dar una idea exacta de su corrección exquisita y del entusiasmo con que acogía toda manifestación de nuestra vitalidad espiritual, aún las más opuestas á su *Credo*.

A veces se sintió amargado por la inconsistencia de nuestro pueblo.

Nos lo sentimos también nosotros de ver como al mismo tiempo que le proclamamos *Verbo de Cataluña*, estamos contradiciendo de palabra y de obra todo lo que él nos enseñó.

¿No ha habido acaso quien ha enaltecido á Maragall sólo con ánimo de molestar al vecino?

¡Todavía algunos en este país se ofenden de la alabanza que otro merezca!

Pero hay, con todo, una diferencia entre nuestra amargura presente y la de Maragall.

Radica en el optimismo esencial que mantuvo firme al poeta en su actitud.

Léase la *Oda nova á Barcelona*, y podrá verse como siempre la reacción optimista se sobrepone al desaliento.

Dice Maragall á la ciudad:

Ets covarda y crudel y grollera
Barcelona.

Y añade en seguida:

. pero ets riallera

Tal com ets, tal te vull, ciutat mala:
es com un mal, donat, de tú s'exhala
qu'ets vana i coquina i traïdora i grollera,
que'ns fa abaixá'l rostre
Barcelona! y am tos pecats, nostra! nostra!
Barcelona nostra, la gran encisera.

Ni un solo instante hay exclusión en la actitud de Maragall. Por esto, como recordaba D. M. S. Oliver es oportuno aplicársele la moraleja del apólogo de Tolstoi.

Tan sólo él podía descubrir la única perfección que sobrevive á tanta podredumbre.

* * *

Y esta es su eficacia.

Cuanto más nos ha comunicado un sentido de responsabilidad, tanto más ha sembrado en nosotros la semilla de una generosidad consciente.

Cuanto más su espontaneidad afirmaba su profesión poética, tanto más nuestra vocación reciente se purificaba.

Después de Maragall no son posibles aficionados ni mistificadores.

Escúchate bien y haz lo que quieras solía decir glosando un concepto de San Agustín.

Y por si cuanto he anotado no diese luz suficiente, medítese el hondo sentido bien *nuestro* y bien *actual* que supo comunicar á la traducción de las *Fisonomías de Santos* de Ernesto Hello, especialmente al capítulo destinado á la vocación de San Pablo, y más especialmente todavía al comentario de aquella frase que es toda el alma del santo apóstol:

Y ahora ¿qué queréis que haga, Señor?

J. M. LÓPEZ PICÓ

1912.

BRIEHS SOMBREROS
ARCHS - 3

Necrologías de Maragall

Maragall (1)

Señoras y señores:

Al hablar por primera vez en esta tribuna del Ateneo de Madrid, honrada por tantos y tan preclaros oradores, no puedo olvidar un pensamiento expuesto por Maragall en la inauguración de un curso de otro Ateneo, el Ateneo Barcelonés, donde también, aunque más modestamente, se cultiva y se aprecia la elocuencia. Me refiero al discurso titulado «Elogio de la palabra». Ensalza, efectivamente, el poeta la palabra humana, en la que sabe ver abismos de luz; pero, á pesar de esto, mejor dicho, precisamente por esto, añade: «¡Con qué santo temor, Dios mío, deberíamos hablar! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay palabra, por ínfima cosa que nos represente, que no haya nacido en una luz de inspiración, que no refleje algo de la luz infinita que engendró al mundo. ¿Cómo podemos hablar friamente y con

tanta abundancia? Por esto nos escuchamos unos á otros con tanta indiferencia, porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír nos perturba el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos...»

¡Deberíamos hablar mucho menos! Yo os confieso que este consejo del poeta, sobre todo ahora que viene de unos labios que ya han callado para siempre, me turba y me cohibe mucho más aún que el recuerdo de los brillantes y admirables párrafos que tantas veces resonaron bajo la techumbre de esta sala. Quisiera en las pocas palabras que he de deciros poner aquel tono de confianza y sincera intimidad que Maragall supo dar, no sólo á sus obras, sino también á toda su vida hasta el instante de su muerte. Siempre merecen respeto los muertos. Mas, en fin, señores, hay hombres de destinos estruendosos, que pasan por el mundo levantando tempestades de admiración, remolinos de odio, y que, aun después de muertos, parecen reclamar conmemoraciones solemnes con fanfarrias y banderolas. ¡Pero Maragall! Maragall fué todo lo contrario; Maragall fué todo discreción, pudor, recogimiento... Fué un místico de la belleza; fué un santo de la

(1) De la sesión celebrada en el Ateneo de Madrid en honor de Maragall. Reproducción taquigráfica hecha para *La Lectura*

poesía; y yo temo que haya profanación en hablar de él sin emoción bastante y á riesgo de desvanecer la que os hayan producido sus propias obras. Este sentimiento de respeto y de temor que yo confieso ingenuamente, sírvame de excusa; y él será también, sin duda alguna, lo mejor que yo pueda transmitir esta noche.

Pocas cosas he de deciros; no hacen falta muchas. Después de los versos que acabáis de escuchar, ninguno de vosotros dudará, á buen seguro, de que Maragall fué, como ha dicho nuestro presidente, un altísimo poeta. Fué poeta en todo, ante todo y sobre todo; y no fué nada más que un poeta; á pesar de su admirable labor de periodista, á pesar de su posición en determinados campos, á pesar de sus frecuentes, inolvidables intervenciones en la vida pública. Pero es que en todo esto hay que ver sólo una exteriorización del instinto superior del poeta, que así como podía cristalizar en una estrofa, se manifestaba en la actitud adoptada, en la opinión prolijada, en la conducta seguida. No fué el catalanista militante, fué el poeta, el que se acercó al partido regionalista cantando los sentimientos que como flores brotan espontáneamente de la tierra nativa y se condensan en las palabras de la lengua materna. Como tampoco fué el ciudadano español, fué el poeta, el que proclamó la unión de todas las regiones en los vínculos fraternales de un ideal común, y el que, en momentos de pasión catalanista, puso como título á uno de sus mejores escritos: «Viva España». No fué el monárquico, fué el poeta, el que redactó el mensaje al Rey Don Alfonso XIII, al que «reina por encima de las pasiones políticas y los intereses momentáneos»; dirigiéndose al Monarca para «mostrarle las entrañas vivas de sus pueblos». Y tampoco fué el republicano, fué el poeta, el que ante un sacrificio del partido republicano, sacrificio heroico, porque fué el de la propia unidad, y casi el de la propia vida, se inclinó con fervoroso entusiasmo ante la representación austera de D. Nicolás Salmerón. No fué el católico sumiso, fué el poeta, el que oró de rodillas conmovido sobre las losas del templo en ruinas, sin bóveda, abierto á la luz del sol, cuyos muros ennegrecidos conservaban todavía las huellas de los incendios de una revuelta sangrienta. Y no fué el librepensador, fué el poeta, el que en el *Cántico Espiritual* que acabáis de oír, reniega de la otra vida y no quiere más cielo que este cielo azul, ni otro mundo que este hermoso mundo lleno de encantos y de sensuales maravillas.

Lo que hay, señores, es, que así como existen poetas cuyas obras no guardan relación alguna con su vida, existen otros cuya vida es tan poética como la mejor de sus obras. Aparte de que, como hay poetas que lo son sólo en las obras, los hay que lo son sólo en la vida. Aquellos, los primeros, no logrando encarnar en las duras realidades su alta idealidad, caen por reacción en una especie de contradicción trágica, y guardando para su obra todas las claridades de su alma, arrastran luego una vida tenebrosa, miserable, que sería vil si no representara, por inversión, un anhelo de esa misma idealidad, y si no envolviera una protesta contra el buen sentido vulgar, contra la frivolidad del ambiente, contra la servil mediocridad de la inmensa mayoría de los hombres.

Maragall no fué de éstos, fué de los otros; Maragall fué uno de esos hombres extraor-

ROYAL

Rambla Estudios, núm. 8

Todas las tardes Té - concierto

(FIVE O'CLOCK TEA. TZIGANES)

— Souper-concert á la salida de los teatros

RESTAURANT

— Menú desde 5 pesetas —

El Salón más elegante de Barcelona para banquetes y lunchs

dinarios, artífices de su alma, creadores dentro de sí mismos de un alto tipo de perfección humana, que del mismo modo que podrán cincelar primorosamente un soneto, cincelan una por una las horas de su existencia. Maragall hizo de su propia vida una obra de arte. Siendo un cristiano y un romántico, por su amor á la espontaneidad, á la inspiración, á la voz interior, al viento que sopla cuando quiere y oímos su ruido y nadie sabe de dónde viene ni adónde va, fué un pagano, un clásico por esa serenidad de toda su vida, por ese equilibrio de su ánimo, porque supo ver el ideal en la realidad, como supo ver el cielo en la tierra, el espíritu en las hermosuras de la carne, Dios en la naturaleza y en la historia, lo eterno en las mil pequeñeces fragmentarias de la vida cotidiana, lo infinito entre las tapias de aquel jardín florido de rosas de los alrededores de Barcelona.

Toda su vida fué luz y fué armonía; diríase que no conoció el esfuerzo; parecía vivir en esa serenidad, en esa inalterable paz del alma hermosa. ¡Ah, señores! ¡La paz del alma hermosa!... Así como en la segura perfección del ejecutante, del virtuoso, admiramos esa facilidad precisamente por las dificultades vencidas que supone, así también en la paz del alma hermosa ¡cuántos esfuerzos pasados!, ¡cuántos combates en silencio! Toda la vida de Maragall fué como una composición poética; las tachaduras, las enmiendas, allá quedaron en los borradores de su conciencia; pero una vez puesta en limpio, es su vida tan perfecta, tan nítida, como la más bella de sus obras. Cierto que no tiene el relieve exterior de acontecimientos interesantes, de episodios extraordinarios, pero en su noble simplicidad no carece de matices intensos, de rica variedad de aspectos.

Pensad, por ejemplo, en su vida doméstica, en esa casa de Maragall tan finamente descrita por nuestro amigo Luis Bello; en esta honesta casa de Maragall, donde, si bien ningún visitante se habría atrevido á presentar una amiga equívoca, algún poeta joven llevaba en cambio á su prometida, acercándose ambos al maestro con la doble ingenuidad de los primeros versos y los primeros amores. Maragall fué toda su vida un eterno enamorado; si su musa no fué erótica debióse sólo á que fué epitalámica. Discípulo del gran Goethe en esa bella arte del vivir, superó al maestro. Porque Goethe dilapidó el amor en pequeños amores, como quien gasta cambiándola en ca' derilla una moneda de oro; en tanto que Maragall enriqueció con todos los amores un único amor; á la manera de aquel mercader de perlas de que habla la Escritura, que las dió todas á cambio de una sola más hermosa y más per-

fecta. Goethe, que tuvo un solo hijo, cantó, en cambio, más de una docena de mujeres. Maragall canta una sola mujer y deja al morir, todavía joven, más de una docena de hijos sobre la tierra... Permitidme, señores, que cortando el hilo de mi discurso, envíe con toda la emoción de mi alma un homenaje de respetuosa simpatía á ese hogar contristado, donde la viudez y orfandad no sé si están disminuídas ó aumentadas por la simpatía de todo un pueblo, por la gloria póstuma del poeta.

En lo que podríamos llamar su concepción de la vida social, y este es otro aspecto interesante, también fué Maragall un poeta: amaba lo espontáneo más que lo reflexivo y elaborado, lo natural más que lo cultural, las intuiciones del genio más que el método riguroso de la ciencia, las lenguas populares más que los idiomas oficiales, las costumbres más que las leyes, la Patria más que el Estado. Decir como se ha dicho que fué conservador, me parece rebajar aquella espiritualidad delicadísima poniéndola una de esas etiquetas convencionales que tanto le repugnaron siempre. Lo cierto es que no quería destruir nada, sino crear ideales nuevos bajo las fórmulas venerables transmitidas por la tradición. Gustaba de encerrar el vino nuevo en los odres viejos. Pensaba que lo único importante era producir un espíritu nuevo que intensamente vivificase toda la complejidad del organismo social, organismo social que creía inútil tratar de corregir exteriormente con artificiosos aparatos ortopédicos y juzgaba peligroso querer salvar por medio de cruentas operaciones quirúrgicas.

Otro aspecto esencial del hombre fué su religión. ¡La religión de Maragall! ¡Cuánto y cuán hermoso podría decirse sobre este tema! Yo he pensado muchas veces con íntimas tentaciones en la posibilidad de escribir un opúsculo cuyo título fuera *El catolicismo de Maragall*. Pero me he detenido siempre como me detengo ahora, ante el temor de profanar con planta indiscreta el santuario de la conciencia religiosa, en el que á nadie le es lícito entrar si la misma persona no le abre de par en par sus puertas, y en el que, aun en este caso, es casi siempre lo más prudente detenerse con respeto en el umbral. ¡El catolicismo de Maragall! También fué el de un poeta. Rigurosamente ortodoxo, eso sí; rigurosamente ortodoxo, hasta donde puede haber ortodoxia, en quien no cree que ninguna doctrina sentida con el corazón esté incurra en el pecado de heterodoxia. Maragall soñaba con una religión del espíritu como la que fué predicada hace veinte siglos junto al brocal del pozo de Jacob; con una religión toda espíritu, en la

que el espíritu se superpusiera á los ritos, la organización, la jerarquía; en una religión toda amor, en que la caridad compendiese y resumiese la ley y los profetas.

Sintiendo próxima su muerte, pidió que le fuese administrado el Viático. «Que no se avise á la gente—dijo—. ¿Por qué molestarles? A los vecinos, sí; es la costumbre.» Cuando el sacerdote fué á darle la comunión, exclamó dirigiéndose á su compañera y á sus hijos: «Acordaos de este momento en vida y en muerte. Así nos querremos más.» Atendió luego á algunos detalles para después de muerto. No quiso ser amortajado en los vestidos usuales, de levita, porque dijo: «¡Estaría tan ridículo!» Pidió que se le envolviera en el sayal franciscano. Y así descansa eternamente. ¡Que su pensamiento íntimo, el pensamiento religioso del poeta, quede también, como su cuerpo, cubierto bajo el piadoso amparo de los cristianos hábitos de San Francisco!

Este fué el hombre y este fué el poeta—porque en Maragall el hombre y el poeta se confundieron—; este fué el hombre poético, este fué el poeta humano á cuya memoria acabamos de dedicar unas horas esta noche. Vosotros, socios del Ateneo de Madrid, habéis demostrado al hacerlo una doble generosidad: honrando un nombre que no es todavía popular en España y acogiendo con aplauso unas poesías que no están escritas en lengua castellana.

Maragall, que como dijo él, cantaba en la lengua que le enseña su tierra áspera, si bien pronunció en catalán sus primeras palabras en el regazo de su madre, dijo en cambio en castellano las primeras ternuras á la que luego había de compartir dignamente toda la poesía viviente de su existencia. Catalán de origen, fué castellano por sus amores, como si en ello hubiera de simbolizarse la actitud posterior de su espíritu, fuertemente enraizado en su tierra catalana, pero vuelto con amor fraternal hacia las otras tierras, pensando en una unidad superior, en un común renacimiento espiritual de España, ó como él hermosamente decía, de las Españas. Pero esta unidad, señores, esta unidad superior, que no excluye la diversidad, antes bien la presupone y necesita, no debe confundirse con la fría, antipoética, burocrática uniformidad. Uniformidad, no, señores, porque España es muy varia. España es muy varia: nuestras rientes colinas sembradas de pinos de las costas mediterráneas de Cataluña no se parecen ciertamente á las grandiosas cimas cantábricas; no se parecen á las húmedas, blandas, amorosas rías bajas de Galicia; no se parecen á los cálidos vergeles andaluces; no se parecen, sobre todo, á estas severas tierras castellanas, á la gran llanura, adusta como alma de aventurero, parda como sayal de penitente. Pero, ¿qué importa? ¿Qué importa, si á pesar de esta diversidad, Maragall, padre de tantos hijos, pudo pensar en una patria de tantos pueblos? Mejor aún. Mejor aún que podamos aportar tan diversas tonalidades de pensar y de sentir

al general despertar de la cultura española. Sólo es preciso que nos conozcamos bien unos á otros para que podamos comprendernos y apreciarnos mutuamente. Yo pienso que si vosotros conocierais más á fondo á esa Cataluña que se os presenta como la Cataluña meramente fabril é industrial, cual si no fuese la patria de tantos poetas y de tantos artistas, como la Cataluña de las revueltas políticas, como la Cataluña, en suma, de los viajeros de comercio y de los diputados solidarios: si vosotros la conocierais más á fondo, en su sentimentalidad un poco infantil, en su idealismo un poco ingenuo, acaso os preocuparíamos menos, pero seguramente nos querríais más.

Ojalá que el recuerdo de Maragall, todo amor, que á nadie odió ni fué odiado por nadie, contribuya á estrechar cada vez más esta necesaria colaboración de todos en la obra común, y á que España, madre fecunda de artistas, consiga hacer también de su propia vida, de su dolorosa existencia nacional, una obra de arte.

LUIS DE ZULUETA.

La Lectura. Madrid.

Maragall, Poeta (*)

Señoras, Señores:

He de hablaros de la poesía de Juan Maragall. En ningún momento he deseado más que en este la facultad de poner mis palabras á la altura de mi corazón. Sólo así podré hablaros dignamente del poeta muerto. Vengo, pues, ante vosotros, no como crítico llamado á analizar fríamente la obra de un poeta, sino como hombre que admira y quiere haceros compartir su admiración, explicándoos, en lo posible, las razones de ella. Escribió Maragall todas sus poesías en idioma distinto del nuestro. De no ser así, nunca me atrevería yo á retardar con estas palabras mías el instante en que el poeta os ha de hablar por sí mismo.

La obra poética de Maragall no es larga. Toda ella cabría con holgura en un tomo corriente de trescientas páginas, y hay que tener en cuenta que abarca un período de veinte años justos, desde la fecha de su primer libro (1891). Esto nos ofrece una primera consideración: la de que Maragall no escribió nunca esos versos ociosos que casi todos los poetas escriben. No hay, en su obra entera, poesía que carezca de un alto destello.

¿Era, pues, Maragall, un orfebre del estilo, que pulía como joyas sus más leves inspiraciones? Nada, menos que eso. Lo reducido de su producción se explica perfectamente por el concepto que él tenía de su arte, y que, por fortuna para nosotros, él mismo nos expuso en admirable prosa castellana desde una revista madrileña: *La Lectura*. «*Confesión de poesía*» es el título que llevan esas páginas.

(1) De la velada celebrada en el Ateneo de Madrid en honor de Maragall.

Considera Maragall á la poesía como una revelación de Dios en el hombre; es «el resonar del ritmo creador á través de la tierra en la palabra humana». Nada nuevo ha de decirnos el poeta. «La poesía—llega á escribir—no está en lo que se dice, sino en cómo se naz del artista. La forma es lo que se le ha de revelar, y el ritmo será que es un parnasiano inflexible, que trabaja el verso por el placer de trabajarlo, escogiendo, según el precepto de Teófilo Gautier, la forma rebelde que acuse mejor, una vez dominada, la pericia tenaz del artista. La forma es lo que se le ha de revelar, y el ritmo será como una luz nueva que el poeta proyecte sobre la plenitud de la forma. El momento en que esta plenitud se le muestre, sin suscitar en él otro pensamiento ni más deseo que el de expresarla, será su momento poético. Y esa expresión, viva, directa y palpitante, será la poesía. No hay, pues, distinción vana entre fondo y forma: «el concepto viene por el ritmo» vertiéndose en los canales de la métrica tradicional ó rompiéndolos, si es necesario. Hay que esperar el momento de la emoción poética, sin provocarla jamás, y, sobre todo, sin fingirla; y hay que darla tal como es, sin adornos inútiles que serán sólo en derredor de la palabra viva como una misera guirnalda contrahecha.

Al formular estos conceptos que voy mal extractando, no exalta Maragall al poeta inculto que todo á la inspiración lo fia. Cuanto más sepa, tantos más elementos irán á fundirse intuitivamente en el acto de la emoción. Y, de hecho, sus preferencias estuvieron, no por los poetas desbordantes y tumultuosos, sino, sobre todo, por el más sabio y consciente y medido de los poetas: por Goethe, á quien tradujo en su juventud y en sus últimos años.

Poeta de un profundo espíritu religioso, lo es Maragall de modo indirecto, á través de la naturaleza. «Alabado seáis, Señor, con todas las criaturas», podría cantar, como San Francisco de Asís. Siente la naturaleza como un hijo, como un hermano. Un árbol es para él más humano, más intenso que un héroe. Los que le hayáis leído, recordaréis sus *almendros*. Bravíos paisajes del Pirineo, prados, fuentes, brumas, sol en las cumbres y encima de las nieves eternas; fantástico escenario monseratino de un misticismo agudo; mar bravo, verde y espumeante; fiestas religiosas que llenan de suavidad el alma y dan un aspecto nuevo é inocente á la naturaleza: el poeta os evoca en versos que encierran toda vuestra enorme sencillez. Los *Gozos a la Virgen de Nuria*, tienen la poesía de la montaña; la *Vaca ciega*, que oiréis en seguida, es algo incommovible, que parece depurado por el tiempo.

Estas dos poesías están en el comienzo de su producción. Con ellas, una serie amorosa, en cuyos acentos de reconcentrada pasión, todos nos reconocemos ó nos presentimos. Después el canto se eleva, la visión se ensancha, *Visiones y cantos*: este fué el título de su obra capital, bajo el que pueden agruparse todas. El visionario, vuelve á vislum-

CHAMPAGNE NOYET

=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=

cavas "Els Pujols"

Comarca del Panadés